

# La Lectura Popular

PUBLICACION QUINCENAL DEDICADA A LAS CLASES TRABAJADORAS



## PÍCARA SOBERBIA

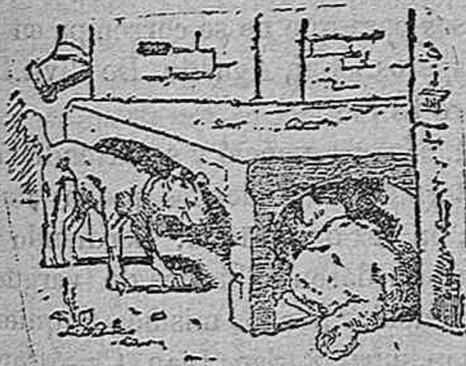
Tengo un perrillo que es un encanto: vivaracho, zalamero, jugueteo y, por añadidura, goloso hasta la pared de enfrente; no pasa día que no reciba queja de algún honrado vecino, cuyo puchero vacía puntualmente á las diez de la mañana, que es la hora en que suele entrar en apetito.

Además tiene la cualidad no menos recomendable de armar camorra con todo bicho viviente, y de tener siempre crispadas las uñas así para un fregado como para un barrido.

Por esto de las crispaduras le he puesto Crispi.

Días pasados se encontró Crispi con el Morrongo de mi vecina doña Romualda, gato manso, pacífico, prudente y aun justiciero; pues la única cosa que de él se cuenta, fuera de sus cacerías ordinarias, es la de haberle sacado los ojos al loro de doña Petronila, la inquilina del principal, animal procaz y escandaloso que pasaba el día diciendo desvergüenzas.

Apenas Crispi divisó á Morrongo se echó á él, y comenzó la quimera.



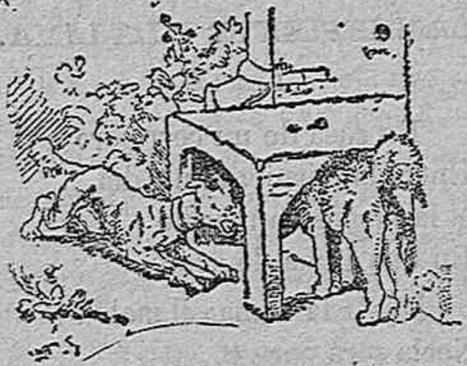
—¡Crispi! le dice dándole un grito; ven acá, no quiero cuestiones, ni que te metas con nadie. La soberbia es mala consejera, y no hay soberbio que tarde ó temprano no lleve su merecido.

Entonces me vino á la memoria lo ocurrido con el Presidente del Consejo de Ministros de Italia, que precisamente se llama como mi perro, y á quien días pasados un napolitano le hirio con un higo de los que se crían en su tierra que dice tienen el pellejo duro.

Mientras divagaba en estos pensamientos, Crispi dió tres ladridos, rompió las hostilidades y formalizó el ataque en toda regla, obligando á Morrongo á re-

vantarse con el rabo erizado y el espinazo en semicírculo

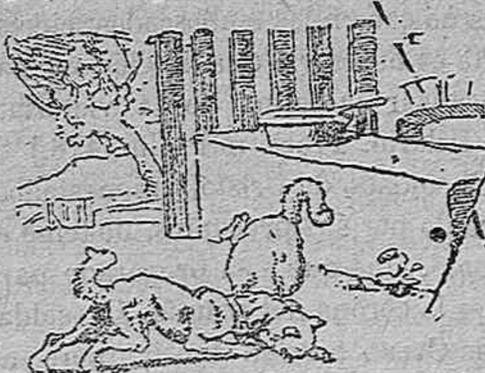
—¡Crispi! volví á gritarle, respeta la inocencia; no atentes contra la justicia; acuerdate de tus ahullidos en favor de la libertad. No es justo que habiendo tu ladrado tanto contra los tiranos y los déspotas te metas ahora á ejercer el oficio.



Ni por esas, Crispi; contigo de odio había cargado sobre Morrongo, le había cogido del pezcuelo y estaba demostrándole práctica y experimentalmente que una cosa es predicar libertad, y otra dar trigo.

—¡Crispi vuelvo á clamar furioso, no seas soberbio; acuerdate que no hay plazo que no se cumpla, ni deuda que no se pague. Herodes persiguió la inocencia, y murió comido de gusanos; Magencio persiguió al Papa Marcelo, y murió cubierto de execración; Napoleón I persiguió á Pio VII, y murió en Santa Elena; Napoleón III entregó á Pio IX, y murió prisionero; Nerón, Domiciano, Calígula, Caracalla, Juliano Apóstata, Marat, Robespierre, Enrique VIII, todos los déspotas, todos los tiranos, todos los perseguidores han caído al fin cubiertos de ignominia, y han muerto como debían morir; ¿piensas tú miserable bicho que esa ley que alcanza á las personas no llega también á los animales?

¡Que si quieres! Crispi, cogido al cogote de Morrongo, se consideraba en aquel



momento el más sublime de todos los perros. La soberbia es hermana de la va-

nidad. Soy un héroe, pensaría él para sus adentros. He vencido al antiguo fanatismo representado por el gato de doña Romualda. ¡Atrás fantasmas de lo pasado! Soy el *Bruto* de la moderna ilustración.

Afortunadamente la ilustración no había cogido al fanatismo más que por los pelos. Morrongo dió un respingo, logró desasirse de ella y ligero como el viento escapa arañando el piso.

Crispi echó detras, y trató de seguirle para saciar su saña; pero Morrongo, más listo que su perseguidor, cuando menos lo esperaba este, dió un salto y se encaramó encima del gallinero.



Crispi quiso seguirle y saltar también; pero no había contado con la huespeda, esto es, con un cubo de sustancias pecaminosas que Bárbara mi criada acababa de colocar allí después de la limpieza de los orinales.

Crispi salta, tropieza con el cubo y se le viene encima el diluvio universal



representado por la más olerosa de todas las disoluciones.

—Lo ves, Crispi? dige soltanto la carcajada al contem-  
plarle hecho una so-  
pa; ¿te has conven-  
cido ya de que hasta



para los perros hay Providencia? ¡Cuan-  
tos conozco yo que ha de suceder les lo  
que á ti! Ciegos en su soberbia se juz-  
gan dueños del mundo; para ellos no  
hay más ley que su capricho; en vano  
la voz de la razón y la justicia les grita  
que se detengan; en vano es recordarles  
que nadie menos que ellos tiene dere-  
cho á cohartar la libertad que tanto han  
predicado; pero la ira, el orgullo, la an-  
tipatía los ciega y... ¡zas! cuando me-  
nos se piensan, caen patas arriba y to-  
do se acabó.

—Eso lo dirá usted por la persecu-  
ción esa que han emprendido contra los  
que predicán la....

—Eso lo digo, Blas, por todos los que  
desde que principió el mundo hasta  
su fin hayan perseguido ó traten de  
perseguir á la verdad de Dios, que por  
lo mismo que es de Dios, es más fuer-  
te y poderosa que los hombres. La Igle-  
sia Católica en quien reside esa verdad,  
es y será siempre indestructible aun-  
que el infierno entero se junte contra  
ella. La masonería con su mandil y su  
triángulo; el liberalismo con su políti-  
ca y su farsa; la impiedad, disfrazada  
con tantas caretas cuantas convengan  
á su perfidia, podrá combatir y conmo-  
ver el árbol de la religión, pero no lo  
destruirá, porque ese árbol tiene la  
cualidad preciosa de que cuanto más  
se le corta más fruto dá.

Cuéntase de Juliano apóstata, gran  
perseguidor de la Iglesia, que habien-  
do encontrado un día á un cristiano,  
quiso burlarse de él y le preguntó:  
—Dime, muchacho: que hace ahora  
tu Dios el hijo del carpintero. —Señor,  
contestó el cristiano, ataudes para sus  
enemigos.

Pues tengan presente los que hoy  
persiguen á la iglesia que el carpintero  
de Nazaret aun continúa en el oficio.

A. C. y G.

### NOTICIAS FRESCAS.....

Ó CALIENTES.

Leemos en nuestro querido compañe-  
ro el Semanario de Figueras:

«Estamos en plena persecución religiosa.  
dos sacerdotes, dos Párrocos están en la car-  
cel por haber predicado la palabra de Dios  
emanada de la infalibilidad pontificia. Cerca

de 400 sacerdotes de las diócesis de Urgel,  
Lérida Huesca, Barcelona y Gerona se han  
adherido á la apostólica conducta de las pri-  
meras víctimas sostenidas también por algu-  
nos Obispos.

„La confesión de fé del clero de nuestra  
diócesis (la de Gerona) ha tenido el privile-  
gio de atraer sobre sí preferentemente la in-  
dignación de los poderes públicos que el li-  
beralismo informa, según los telegramas de  
la corte van á ser denunciados los periódicos  
que la publicaron.»

También hemos leído en otros perió-  
dicos.

«Ha sido al fin procesado el Sr. Magistral  
de Vitoria por un sermón predicado en Ha-  
ro.»

### LA SERPIENTE Y LA LIMA.

FÁBULA.

En casa de un cerrajero  
Entró la Serpiente un día,  
Y la insensata mordía  
En una Lima de acero.

Díjole la Lima: el mal  
Necia será para tí,  
¿Cómo has de hacer mella en mí  
Que hago polvos el metal?

Quien pretende sin razón  
Al más fuerte derribar,  
No consigue sino dar  
Coces contra el aguijón.

### DEL VALOR EN LAS PERSECUCIONES

QUE SE SUSCITAN

contra los defensores de la Iglesia.

«Sabe (la iglesia) que ella es extran-  
jera y peregrina sobre la tierra, y entre  
extraños fácil es que se encuentre ene-  
migos: ella conoce que su origen, su es-  
peranza, su trono y su dignidad están  
en los cielos. Entre tanto una sola cosa  
desea, y es que no se le condene sin co-  
nocerla.» (Tertuliano Apolog., capítulo  
1.º)

«La paz es peligrosa cuando la fé es-  
tá ociosa: y el centinela descuidado fá-  
cilmente es sorprendido por el enemi-  
go. Mas, el guerrero avezado á los com-  
bates no cae en las emboscadas; cierta-  
mente es necesaria una lid gloriosa pa-  
ra alcanzar la palma de la victoria.»  
(San Hilario. Tract. in Psalm. 118.)

«El soldado de Cristo, amonestado é  
instruido por sus preceptos, no teme el  
combate, sino que está preparado para  
recibir la corona del triunfo. Los solda-  
dos de Cristo pueden morir, pero no  
podrán ser vencidos; son invencibles  
por lo mismo que no temen la muerte.»

(San Cipriano. Epist. 58.)

«Es constante que la Iglesia ha cre-  
cido en las persecuciones, y que cuan-  
to más era oprimida, tanto más se for-  
tificaba ó se extendía.» (San Ambrosio  
in Apocalips.)

«Debemos considerar á la Iglesia ec-  
sactamente como una nave que las hin-  
chadas olas, es decir, los poderes del si-  
glo, se esfuerzan en estrellar contra los  
escollos. Pero por más que sea ella sa-  
cudida por las oleadas y las borrascas  
no puede padecer naufragio; porque en  
su mástil, es decir, en la Cruz, se alza  
el Cristo, en su Popa se sienta el Padre  
y el Espíritu Consolador guarda su  
pro.» (San Ambrosio. Sermón 46.)

«Derramando su sangre y padecien-  
do, y no causando heridas, ha sido fun-  
dada la Iglesia de Cristo. Ha crecido  
con las persecuciones, y el martirio de  
su corona.» (San Jerónimo. Epist. 82.)

«La Iglesia de Jerusalem era (antes  
de la separación de los Apóstoles) una  
hoguera encendida en el amor de Dios:  
vino la persecución y con ella se espar-  
cieron los Apóstoles como teas inflama-  
das y el mundo se incendió.» (San A-  
gustin. Sermón 116.)

«Todos los enemigos de la Iglesia, si  
tienen poder para afligirla corporalmen-  
te, ejercitan su paciencia, si tienen opi-  
niones erróneas ejercitan su sabiduría,  
así como los rapaces ejercitan su bene-  
ficiencia y caridad. La divina providen-  
cia consuela á la Iglesia en la prosperi-  
dad para que no desfallezca en la ad-  
versidad, y la ejercita en los casos ad-  
versos para que no se corrompa en los  
prósperos.» (San Agustin. De Civit. Dei.  
Libro 18.)

«La Iglesia venció y se extendió con  
los tormentos. Todos los que la ataca-  
ron, en vez de dañarla, perdiendo su  
poder quedaron cubiertos de vergüen-  
za, vencidos por los mismos á quienes  
hacían sufrir.» (San Juan Crisóstomo,  
in Isaiam.)

«Tu combate, oh cristiano es el com-  
bate de Dios: tu batalla, la batalla de  
Cristo. ¿Por qué vacilas? ¿Qué temes?  
Toma las armas, parte á la guerra, pe-  
lea con fortaleza para que en la batalla  
te asista Aquel que no puede ser venci-  
do.» (San Juan Crisóstomo. Homil. ad  
prop.)

«No ves la impureza vencida por la  
castidad, á la perfidia destruida por la  
fidelidad, á la crueldad destronada por  
la misericordia, á la soberbia oscureci-  
da por la modestia? Pues bien, estos  
mismos combates en que los santos  
conquistaron sus coronas son también

los nuestros.» (Tertuliano. De Spectaculis)

«Toda la vida del justo se pasa en medio de aflicciones. Así como nadie obtiene la corona si no tiene su adversario, ninguno tampoco puede merecer la aprobación si no pasa por las tribulaciones.» (San Basilio. Hom. in Ps 33.)

## EL EMPERADOR PENITENTE

La Iglesia ha sido siempre defensora de la justicia y de la verdad; su fuerza moralizadora, ha sido siempre un dique contra el despotismo.

«La ciudad de Tesalónica, capital de la Iliria, se había amotinado por causa del arresto de un escudero del circo, á quien amaba mucho la población (año 389.) Los magistrados de la ciudad fueron asesinados, y el gobernador Rotérico, que había firmado la orden del arresto, fué apedreado por el populacho. Este motin era tanto más culpable y criminal cuanto que la medida era altamente justa, puesto que el escudero se la había merecido por sus malas é infames costumbres. A la nueva de esta sedición, Teodosio en un exceso de cólera habló desde luego de arrasar la ciudad criminal para espantar los ánimos con un castigo ejemplar, é impedir así iguales desórdenes. San Ambrosio logró moderar este primer movimiento, y el Emperador prometió proceder según reglas de justicia. El negocio fué sometido al Consejo imperial, y se resolvió en él castigar á Tesalónica con una matanza general. La orden estuvo secreta, para no dar sospechas á la vigilante solicitud de San Ambrosio. Se reunió á toda la población en el teatro so pretexto de una corrida de carros, etc., pero en lugar de la señal para los juegos, fué dada la de pasar á cuchillo parte de la población durante tres horas. La matanza duró este tiempo, sin distinción de ciudadano ó forastero, edad, sexo, inocencia ó culpabilidad; pereciendo en ella siete mil personas á manos de los soldados. Fué inexplicable el dolor de S. Ambrosio. Teodosio mismo, espantado de su acción, se quedó ocho meses sin atreverse á entrar en la Iglesia, remordiéndole mucho la conciencia. S. Ambrosio le había prohibido entrar en templo alguno; mas como Teodosio insistiese, apoyándose en el ejemplo de David, á quien Dios había perdonado su crimen, le respondió el Obispo: «Pues que le habeis seguido en el crimen, imitadlo en la penitencia.» Por fin, en la fiesta de Natividad el Emperador se presentó á S. Ambrosio, quien desde luego le hizo firmar una ley según la cual las sentencias de muerte y de confiscación no serian ejecutadas en adelante sino treinta dias después de dadas, para dar tiempo á la razón de volver en sí del primer movimiento de ira; y en seguida le dió la absolución. Teodosio entró entonces en la basílica de Milan y allí, en presencia de todo el pueblo reunido, habiéndose despojado de sus

vestiduras imperiales, se postró en el pavimento, derramando lágrimas y repitiendo las palabras de David: *Adhæsit pavimento anima mea; vivifica me secundum verbum tuum.* Se le quedó indeleblemente grabado en el corazón el acontecimiento de Tesalónica, y el deseo de expiar más y más este crimen redobló su celo contra la idolatría, cuyos templos hizo destruir, quemando todos los ídolos en Alejandria y en todo el Egipto.»

## SAN MALÓ

Celebra hoy la iglesia la memoria de este santo cuya historia vamos á referir á nuestros lectores.

Fué San Maló originario de la Gran Bretaña, de casa noble y antigua. Su padre, según algunos autores, era conde de Winchester, y su madre una gran señora, tía materna de San Son y San Maglorio, pudiéndose decir que fué de una familia acostumbrada á producir santos. Diéronle por maestro á San Brandan, varón ilustre en doctrina y santidad. Desde que se puso bajo la disciplina del santo abad, dió Maló claras muestras de su buen ingenio; era muy apropiado para las letras, juntando á la facilidad de aprender, una docilidad y una condescendencia que le hacían amable á todos los Monges de la casa; á todos respetaba, á todos servía, y se dejaba amar de todos. Solo tenía de niño la inocencia y la sencillez de las costumbres; huía de todo juego, de toda algazara, de toda lijereza puril, y era abstinentemente antes de conocer por el nombre á la abstinencia: gustaba de leer, y la oración tenía para él un especial atractivo. En el invierno no se arimaba á la lumbre, porque la suplía el encendido fuego del divino amor que abrasaba su corazón. Un niño en quien hacía impresión tan viva el amor de Dios, parecía acreedor á que le mirasen con particular esmero los amorosos cuidados de la divina providencia. Así sucedió. Estaba junto al mar el Monasterio de San Brandan, y sus discípulos salían algunas veces á pasearse á la ribera. Una tarde estando para ponerse el sol, salió el niño Maló á jugar con sus condiscípulos; mientras estos se divertían, él se sentó inocentemente en un gran césped ó porción de campo que por todas partes estaba desprendido de la tierra. Quedóse dormido sin que ninguno lo advirtiese; pero llegando mientras tanto la marea, cubrió todos aquellos dilatados espacios que había dejado en seco al retirarse, cercando por todas partes al santo niño, y levantando sobre las hondas el verde lecho en que tranquilamente descansaba, pudiéndose decir literalmente, que dormía en el seno de la divina providencia. Cuando el abad le echó menos en el monasterio, corrió apresurado á la orilla del mar, creyéndole sepultado entre las olas. Llamóle y como nadie le respondiese, se retiró á su convento penetrado de dolor. Apenas amaneció, volvió el santo abad á la ribera, no ya

con esperanza de encontrarle vivo, pues le suponía ahogado, sino porque el amor es inquieto y no se satisface con una sola diligencia. Ibase retirando la marea, y el abad la iba siguiendo, penetrando por lo que dejaba enjuto, cuando vió á su querido hijo sobre-



nadando en su verde cama, y cantando las alabanzas de Dios en aquella nueva especie de mágico bajel. Acercóse al niño Maló, y supo de su boca el prodigio de la divina bondad, que quiso sirviese á la conservación de su vida la misma violencia de aquel furioso elemento; y para eterno testimonio del portentoso suceso, el campo flotante donde caeció, al retirarse la marea, se fijó en el suelo del mar, y formó una pequeña isla que respetaban las aguas, sin que se cubriese jamás aun en las mareas más vivas. Un niño en cuyo favor obraba el cielo prodigios, era razón que á solo Dios se consagrara. Tomó, pues, el hábito de religioso, y se agregó á los monges del monasterio de San Brandan. Fué un modelo de todas las virtudes; pero entre todas sobresalía su humildad. Esto mismo le hizo poco grato á sus hermanos los monges, escitando en ellos cierto género de envidia que declinaba en aversión, y le armaron cierto lazo.

Una noche que le tocaba despertar para matines le apagaron maliciosamente la lámpara: bajó á la cocina por lumbre para encender una vela; pero el cocinero no se la quiso dar; sino llevaba las brasas encendidas en el hábito. El Santo mancebo, que era sencillo como una paloma, las tomó inmediatamente en la mano y las echó en el hábito sin que ni aquella ni esta padeciesen el más leve daño, y encendidas como estaban las llevó á la celda de su santo abad, la que halló toda iluminada con una luz celestial en defecto de la que él no había podido traer. De esta manera aquel Dios que siempre es protector de los humildes, obró dos prodigios



á un mismo tiempo para acreditar el mérito de San Maló, á cuya vista quedó tan atónito el bienaventurado abad, que se arrojó á sus pies para honrar en su persona las maravillas del poder de Jesucristo; pero el

humilde mancebo atribuía por su parte todos estos portentosos efectos á la santidad de su maestro; y había entre los dos una santa contienda ó combate de humildad, que se decidió, refiriendo entrambos á Dios la gloria aquellos prodigios. Después de prima tuvieron entre sí una secreta conferencia; y habiendo tomado la resolución de dejar el monasterio, se embarcaron en un navio con ánimo de irse á vivir á alguna isla desierta. Obró muchos milagros San Maló durante aquel viaje; pero el ángel del Señor los advirtió que no fuesen á buscar tan léjos lo que tenían presente en todas partes: que Dios residía en el corazón del hombre, y no era menester pasar el mar para gozar de su presencia: que la paz inalterable no se hizo para acá abajo, ni hay que esperar encontrarla sino en aquella feliz estancia donde se vé á Dios como es. Después de esta lección que los dió el ángel, se volvieron á su monasterio, donde hallaron tan trocados los corazones de los que les habían dado pesadumbre, que en adelante vivieron todos en una perfecta inteligencia. Pero duró poco la quietud de nuestro Santo, por que le sacaron de la soledad para hacerle obispo.

Habiendo muerto el de Guicastel, fué San Maló electo por unánime consentimiento del clero y del pueblo; resistió cuanto pudo á la voluntad y aclamación universal; pero viendo que nada adelantaba, resolvió exonerarse de aquella carga con la faga. Embarcóse, y se fué á una pequeña isla de Bretaña, donde vivía un santo ermitaño llamado Aaron. Alegróse mucho con su arribo aquel venerable anciano, el cual le declaró su modo de vivir, y los medios de que se valía para domar la carne con todas sus concupiscencias. Gustóle mucho á nuestro Santo aquel método de vida, y se determinó á imitarla como lo había hecho en Inglaterra con la de San Brandan, su primer maestro. Su alimento era un poco de pan y agua, con algunas raíces, y todo con medida: sus delicias la oración, y cantar salmos: su pensamiento y su corazón continuamente en el cielo. No distaba mucho de aquella isla la ciudad de Aleth, muy opulenta á la razón por el gran comercio que se hacía en ella; pero le faltaba el único verdadero bien que la podía hacer muy rica para la vida eterna; es decir, el conocimiento de Dios. Había en la ciudad pocos cristianos, todos los demás eran gentiles, Instaron á San Maló para que fuese á alumbrar á aquellos pobres ciegos con la luz del Evangelio. Resistióse el Santo por mucho tiempo, temiendo caer en otro empeño semejante al que le había desterrado de Inglaterra; pero un ángel se le apareció, y le intimó de parte de Dios que fuese á anunciar su divina palabra á aquel pueblo infiel, porque al fin el mismo Dios le tenía destinado para ser su pastor. Sucedió esto cerca de la pascua; y no atreviéndose el Santo á resistir á la voluntad del Señor, entró en Aleth, celebró el sacrificio de la misa en la capilla de los cristianos, y después predicó en ella. Estendida la voz por la ciudad, concurrió la muchedumbre, y que-

riendo Dios autorizar la doctrina del nuevo apóstol, permitió ó dispuso su Providencia que trajesen un muerto y le pusiesen á la puerta de la capilla. Sintió el Santo un interior impulso de emprender la resurrección de aquel difunto, para que el mismo milagro moviese al pueblo á solicitar la nueva vida que reciben los cristianos por el sacramento de la regeneración. Hincóse de rodillas, púsose en oración y todos estaban aguardando con profundo silencio el fin de aquel suceso. Mientras los ánimos estaban en esta suspensión, acabó San Maló de orar; se levantó de la tierra, y al mismo tiempo se levantó el difunto del ataúd.

Atónitos los infieles á vista de aquel prodigio, comenzaron á clamar que Jesucristo era verdaderamente hijo de Dios. A este milagro se siguió inmediatamente otro, porque convirtió el agua en vino para que bebiese el resucitado, confirmando con esto la verdad de su resurrección, como se dice de Lázaro que comió á la mesa con el Salvador después que éste lo había sacado de la sepultura. Fué glorificado Dios en aquel día por la conversión de gran número de idólatras, tan crecido, que apenas bastaban las fuerzas á nuestro Santo para administrar el bautismo á los muchos que le pedían. Habiendo formado, pues, aquella iglesia, se vió precisado á encargarse del cuidado de ella. Mudó de semblante todo el país por la vigilancia del santo Pastor; esto irritó al infierno, y el infierno le suscitó muchos enemigos. Hallóse obligado á retirarse, y se refugió en Francia, llegando por mar á la ciudad de Xaintes, cuyo obispo á la sazón era San Leoncio, esto es, no ya San Leoncio el antiguo, (lo que no se ajusta bien con la cronología) sino otro Leoncio llamado el Mozo, que era arzobispo de Burdeos, metropolitano de Xaintes, y como tal residía muchas veces en aquella ciudad. Abrazáronse estrechamente aquellos dos ilustres prelados; y como á entrambos los animaba un mismo espíritu, ligaron una íntima amistad, tanto más sólida cuanto se fundaba únicamente en la gracia.

Mientras tanto estaba la Bretaña padeciendo extremas calamidades por la ausencia de San Maló. Hacíase el cielo de bronce y la tierra de hierro para regar y fertilizar sus campos porque le faltaba su Elias; pero al fin volvió este á ella; y con él se restituyó la prosperidad á todo el país. Fué recibido como un ángel, concurrieron á saludarle los príncipes y los obispos, todos los cuales le suplicaron con instancias que jamás los volviese á desamparar retirándose á la ciudad de Aleth; pero el Santo los descubrió un secreto que los afligió en extremo, declarándoles que Dios tenía dispuesta otra cosa, y que él debía morir en la tierra de su peregrinación. Con efecto, volvió á tomar el camino de Xaintes; y sabiéndolo su íntimo amigo Leoncio, le salió á recibir con mil demostraciones de su ordinaria bondad. Estuvieron juntos algunos días empleándolos en las alabanzas de Dios; y después de una separación no muy larga, se sintió San Maló acometido

de una fiebre maligna que en tres días le abrió las puertas de la bienaventurada eternidad, muriendo el año de 612 domingo 15 de noviembre, sobre la ceniza y el cilicio, lleno de merecimientos en una extrema ancianidad. Honróle Dios con tantos prodigios después de muerto, como durante su milagrosa vida.

LECTURAS POPULARES

—(—)—

CUENTOS

ARTÍCULOS Y DIÁLOGOS DE BUEN HUMOR DE

A. C. y G. director de

LA LECTURA POPULAR

TERCERA COLECCION

ILUSTRADA CON BONITAS VINETAS

POR

D. José María Suay

PRECIO UNA PESETA.

Los pedidos acompañados de su importe á la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10 principal.—Madrid.

NOTA.—De la colección segunda quedan ejemplares, la primera está agotada.

BIBLIOGRAFIA.

—(—)—

LA VERDAD SOBRE LA CUESTION ROMANA, por B. O. S. única versión española autorizada.—Con licencia eclesiástica.—Este folleto de verdadera actualidad impreso en la Tipografía Vaticana, ó sea en la imprenta que para su uso y servicio inmediatos tiene el Papa en el recinto de su Apostólico Palacio y traducido por el eminente escritor católico D. Felix Sardá y Salvani, á quien espresamente se ha dado encargo para ello, consta de más de 100 páginas en folio menor, excelente impresión y buen papel y se vende al precio de 75 céntimos de peseta en Barcelona, Tipografía de la *Revista Popular* Pino 5. Tomando 10 ejemplares se segalan 2.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc., ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

Una acción	4 pesetas mensuales.
Media id.	2 " "
Un cuarto id.	1 " "
Un octavo id.	0'50 " "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10 y en las demás librerías católicas.